

RESEÑAS

WILFRIDO H. CORRAL,
Condición crítica.
Conversaciones con
Marcelo Báez Meza.
Crítica revisada,
Quito,
Ediciones Antropófago,
2015, 383 p.

¿Cuántos lectores tendrá *Condición crítica*? Presumiblemente tantos como los muy pocos dedicados a su tema, porque, como señala el mismo Corral, “solo los críticos leen a otros críticos, especialmente a los académicos” (317). Y teniendo en cuenta que el libro tiene por asunto principal una visión temeraria de la crítica –tanto como de la literatura en los cinco capítulos de su segunda parte–, uno espera que sean muchos más.

Será una lástima –ocasionada también por lo poco que circulan en el exterior los análisis de este

tipo publicados en América Latina– que los lectores más indicados no acudan a este libro, porque realmente sus desafíos y la visión actual de su autor valen la pena. Pienso en particular en los alumnos e instructores de filología y de periodismo y en los falsos deslumbramientos que se ahorrarían, en los callejones sin salida que evitarían al leer la contundente y reveladora entrevista que le hace Marcelo Báez Meza al crítico y los ensayos revisados y actualizados por Corral.

Su lectura quizá le abra los ojos a algún ingenuo investigador o principiante ya convertido a los últimos gritos críticos o teóricos, pero sobre todo molestará a quien se reconozca en el viejo artificio de embaucar: “No hay necesidad de emplear dialectos ridículamente extravagantes y repelentes para demostrar independencia y originalidad – escribe Corral haciendo suyas estas palabras de E. Saíd: “El humanismo debe ser una forma de

divulgación, no de ocultamiento o iluminación religiosa [...] algunas formas de expresión académica [...] se han convertido en antidemocráticas y aún antiintelectuales” (350). La crítica de Corral es aún más severa, porque es consciente de que el uso de esta jergonza, hecha de “wikivocablos y neologismos” (41), con frecuencia responde a la imitación servil del maestro del momento, en un afán de parecer más sofisticado y, peor aún, “para tapar el hecho de que no [se] tiene nada que decir” (158). Esta docta barbarie es tal vez el síntoma más evidente de un problema más profundo, planteado en la cita de Saíd, y que atraviesa de un extremo a otro el trabajo de Corral: “el problema de la ética en la crítica” (327).

Esa contrariedad es especialmente notoria en la crítica académica, y bien sabemos que afecta también a la docencia. El modelo universitario, que Corral critica rigurosamente en base a haber sido parte de él, ha burocratizado el pensamiento y ha promovido a los acólitos que repiten (y mal) la lección, imponiéndola a su vez a sus alumnos. Estos críticos deconstruccionistas, postcolonialistas y postmodernos, autoproclamados “progresistas porque se preocupan de su propio progreso” (26), han abusado de, entre otros, los conceptos de raza, género y clase. Ese tipo de crítica

predica un evangelio tautológico que impide cualquier discrepancia y, por tanto, la posibilidad de diálogo con otras perspectivas.

Contra este sectarismo se alza la voz de Corral que entiende muy bien el compromiso del intelectual, como le confirma a Báez Meza en diferentes ocasiones refiriéndose a su trabajo anterior, principalmente a la seminal *Theory's Empire* (2005), que compiló con la comparatista y brasileñista Daphne Patai. Con ese trasfondo sabe que hay dos modos de investigar y de ejercer la crítica: con sangre fría y con sangre caliente. Con sangre fría, no deja que gobiernen sus lecturas, sino que manda sobre ellas. Con sangre caliente, tiene el valor de expresarse sin disimulos.

En ese contexto la crítica latinoamericanista, producida en ciertos sectores de Hispanoamérica o en España, sigue dependiendo de lo producido en Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia. Sin desgarros patrióticos, lo peor de esta dependencia en el momento de mayor globalización no tiene que ver con la procedencia de las ideas, sino con su aceptación acrítica. Este saber que flota en la superficie del cerebro parece revelar un complejo de inferioridad. Corral se amotina contra este complejo y denuncia los excesos en que han incurrido los sectores radicales de la crítica feminista, los estudios culturales y otras escuelas ligadas a la teoría crítica.

Condición crítica, en realidad publicado en 2015, está estructurado en dos partes: la extensa “Conversaciones con Marcelo Báez Meza” y “Crítica revisada”. Las “Conversaciones...” (impagable la sensata y nada complaciente labor del entrevistador), centradas en la crítica ecuatoriana y latinoamericanista, son toda una declaración de los principios que mueven la labor de Corral. La conciencia de que la principal obligación del crítico es informar al lector y no adoctrinarlo o lucirse ante él, la convicción de que el análisis predominantemente textual de una *filología renovada* es el método más adecuado de la crítica y que esta es diálogo no solo con la obra literaria, sino también con otros críticos son algunos de estos principios.

La segunda parte, “Crítica revisada” está integrada por cinco artículos revisionistas que examinan posiciones de la crítica ante asuntos concretos. En el primero, “Hablar de un esposo siempre es difícil: condición crítica del testimonio femenino”, Corral analiza los escritos de, entre otras, las esposas o compañeras de Leopoldo Marechal, Pablo Neruda y José Donoso, a la vez que los límites y los excesos de la crítica feminista más radical. El dogmatismo de lo políticamente correcto ha alcanzado tal nivel que se hace difícil comentar las manifestaciones y las interpretaciones de género:

“(…) en estos días comprobar o simplemente postular que una escritura femenina es pésima, o desnudar a las emperatrices críticas, sobre todo a las extranjeras, es ir contra la corriente interpretativa aceptada y biempensante” (173).

A la denuncia de esta censura o autocensura, Corral añade los límites conceptuales y estéticos de parte de la crítica de género actual, que se desentiende de autoras que sufrieron como las de los testimonios centroamericanos y sudamericanos de los años ochenta, pero tuvieron otras preocupaciones diferentes a las del cuerpo, el silencio o la subjetividad o, simplemente, concepciones distintas de estas.

El segundo artículo, “¿Qué queda del sesentayochismo?”, es una arriesgada y ambiciosa reflexión sobre la representación de la política en la obra de los narradores latinoamericanos nacidos en los años 50 y 60, a los que compara con los autores del *boom* y los del postboom. La política, lo ideológico, en un sentido más amplio, es siempre un asunto delicado y evanescente cuando se habla de literatura. Es difícil hacer una valoración de una obra concreta; mucho más de la producción de un grupo generacional, y parece que este artículo es parte de los intereses en curso del crítico.

Probablemente Corral tenga razón cuando señala que en los autores del *boom* (ya no tengo tan claro si en sus obras), la política

tuvo un papel más importante que en los más jóvenes a quienes se dedica. La ilusión –también el rechazo– que generó la revolución cubana influyó de manera decisiva en ello. Pero resulta insatisfactoria su explicación cuando afirma que los nuevos autores se despegan de lo político “porque esos argumentos suelen ser cíclicos” (232).

Tampoco comparto su juicio de que Bellatin sea “el más apolítico” de los nuevos (241), a pesar de que el mismo Corral subraya que en algunas de sus novelas “la falta de poder del individuo en sociedades totalitarias es el meollo” del comportamiento de los personajes (243). Como tampoco acabo de entender su apolítico (en realidad, político) desiderátum de campana neumática con el que cierra el artículo: “[...] que la literatura debe seguir en la zona que más le conviene: la del recogimiento, la de las islas donde uno puede vivir sin tener que responder a los contratiempos de los que tergiversan la ‘realidad’, esa cárcel espesa de poliquetería” (250)

Al margen de las discrepancias puntuales, propias del diálogo crítico ético que desea, el artículo inaugura una línea de reflexión que obliga a repensar las continuidades y rupturas entre bomistas, postbomistas y novísimos de este siglo y exige matizar opiniones y juicios apresuradamente establecidos hasta fechas recientes. Precisamente el

siguiente artículo, “¿Qué tipo de boom tenemos o quiere la crítica a más de medio siglo?”, se embarca en este proyecto.

Partiendo de la lectura de tres colecciones publicadas en el 2004 –*Palabra de América, La llegada de los bárbaros y Los escritores y la creación en Hispanoamérica*–, Corral emprende una cuidadosa revisión del terreno mítico del boom que pone en cuestión su imagen oficial y dorada. El crítico se hace eco de la lúcida reflexión de Blas Matamoro: “Pero que la academia se ocupe de estos asuntos no quiere decir que exista realmente” (276). Se entiende así esa ambigua dualidad del título del trabajo. Cuestionado el boom como “sistema”, como corriente, por utilizar el sugerente término de Pedro Henríquez Ureña, Corral subraya la ignorada y “fundamental continuidad de valores entre bomistas y los que les siguen (...) Los nuevos nadaban en sus aguas” (272); como los boomistas hicieron también en las corrientes de los precursores que publicaron en las postrimerías de las vanguardias.

Creo que es muy sugestivo este rechazo de las parcelaciones estrechas que distorsionan el proceso de la literatura y dificultan la comprensión de los momentos históricos de ese proceso. En este sentido, me parece destacable la vinculación que establece el crítico ecuatoriano de los autores del *boom*

con la cultura popular (vínculo reservado insistentemente por la crítica al llamado postboom) y su determinación de romper con la cultura de la postguerra.

El cuarto artículo de la segunda parte, “Bolaño, la crítica y la ética del disgusto, y los expertos”, probablemente es el que mejor representa el modo más reciente de concebir y practicar la crítica por parte de Corral. Aprovechando la figura de Amalfitano, ese profesor que entra y sale de las obras de Bolaño, Corral no solo reflexiona sobre la obra del narrador chileno que tan bien conoce. Las opiniones del personaje sobre la crítica—que en buena medida coinciden con las de su autor— le dan pie para cuestionar los excesos y las limitaciones de la crítica bolañista, coincidentes con los excesos y limitaciones de la actual crítica literaria, y especialmente con la practicada en el universo anglófono. En varios sentidos, el crítico está haciendo una autocrítica, consecuente con la ética que exige en los otros artículos.

La sensatez y la valentía para opinar contra la dictadura de la corrección política entendida ampliamente que, dicho sea de paso reclamaba Bolaño equitativamente, es la misma que reivindica Corral. Haciéndose eco de varias ideas de Gadamer, el crítico se rebela y documenta contra la teoría y la crítica tuertas, empenadas

solo en percibir lo diferente, lo heterogéneo, desentendiéndose de lo verdaderamente común y vinculante, condición a la que nunca quiso contribuir el chileno con su literatura.

La imposición absoluta (y paradójica) del relativismo se convierte en coartada de gurús y embaucadores para pontificar y establecer dogmas contra los que resulta difícil alzar democráticamente la voz; aunque sea para equivocarse. Es “el problema de la ética en la crítica” (327), una crítica que no duda en centrar su quehacer en el duelo postdictatorial, el dolor, la memoria y males análogos; asuntos tan necesarios y dignos como útiles para elaborar una heroica y complaciente autoimagen. Ante esas preferencias críticas predominantemente anglófonas que no dialogan con la crítica escrita en español, el libro se cierra con un trabajo sobre la actual crítica latinoamericanista en España.

Se trata de una cala, tan fiable como pueda llegar a serlo una prospección. El artículo es una detallada reseña (traducida por Báez del original inglés) de tres volúmenes colectivos publicados en España: *Entre lo local y lo global. La narrativa latinoamericana en el cambio de siglo (1990-2006)* (2008), *Narrativas latinoamericanas para el siglo XXI: nuevos enfoques y territorios* (2010) y *Literatura más*

allá de la nación: de lo centrípeto y lo centrífugo en la narrativa hispanoamericana del siglo XXI (2011). Para Corral, no son muy diferentes de otros trabajos publicados en inglés, porque los tres libros comparten algunos principios –identidades híbridas, posnacionalismos, globalización y otras voces tan repetidas– que se utilizan como si fuesen permutables, sin que un orden establezca jerarquías y ahorrre confusiones.

Con la franqueza que reclama y practica, Corral no escatima reproches –“replica de interpretaciones estadounidenses lastimeras–, –“estudio innecesariamente verborreico”, “improvisadas y banales son conclusiones como...”– ni elogios: “la gran mayoría de estos artículos constituye una contribución sólida y novedosa a la cada vez más compleja narrativa latinoamericana y su muy dispersa crítica” (379). Su conclusión: “En el Viejo y el Nuevo Mundo son cada vez más raros los latinoamericanistas que se esfuerzan por ser pluralistas en la documentación o por mostrar disposición para expresar visiones que cuestionan a las ortodoxias reinantes” (379). Y sí, seguramente, tiene razón.

Francisco José López Alfonso
Universitat de València

JORGE DÁVILA VÁZQUEZ
Personal e intransferible,
Quito, Libresa, 2017, 2da.
ed., 83 pp.

También para el lector cada libro es siempre una cuestión personal! Y algo intransferible solo hasta antes de leerlo. Después de iniciada la lectura, es hartito sabido, el libro deja de ser del autor para pertenecer a quien lo lee. Complacido de hacer mío el manuscrito de *Personal e intransferible*, ahora me ocupo de ordenar estas notas breves de lectura.

Lo inicial fue advertir que Jorge Dávila Vázquez juega con el sentido de ambos vocablos cuando titula este tomo de versos que son, en su vasto conjunto, un credo estético y existencial!

Lo personal aquí es más que una apuesta por lo íntimo de la confesión abierta, pues poco de privado mantiene su palabra, ni nada permanece cerrado después del canto; de tal suerte que lo intransferible es lo relativo a una verdad a medias que apertura el sentido de la renuncia a modo de don humano, recordándonos con ello el valor del poema como entrega o merced.

También una pulsión de diálogo total apertura el camino del libro. El primer poema propone una noción de la escritura afín de un religar de sí mismo, la común-uniión de los demás seres humanos consigo y el universo